

El origen de la inspiración

INFORMACIÓN

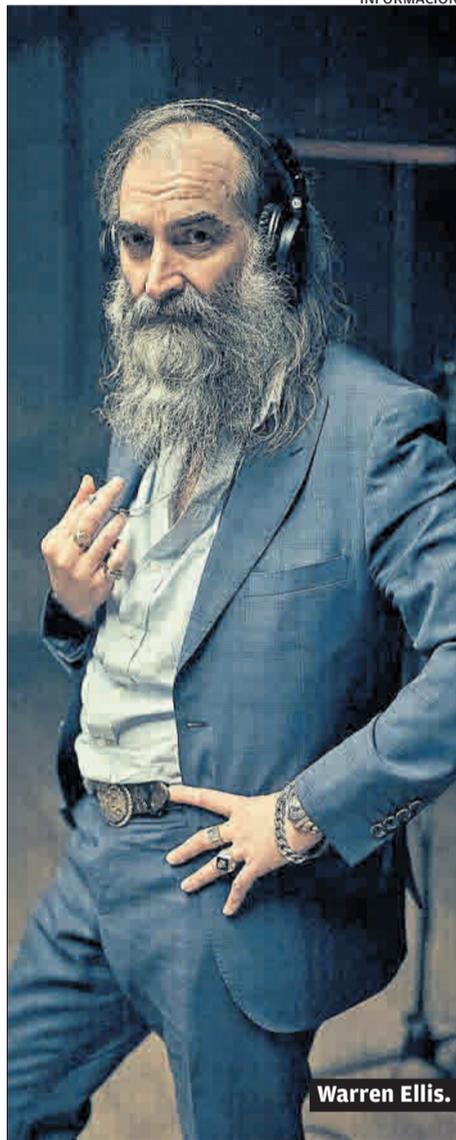
El músico australiano Warren Ellis se embarca en la narrativa con el libro *El chicle de Nina Simone*

POR EDUARDO BOIX

■ Estamos necesitados de ídolos. Mucha gente no entiende esa pasión exacerbada por el fútbol o cualquier otra manifestación deportiva, cultural, artística que pueda levantar pasiones. Pongo el ejemplo del fútbol por lo que he dicho, hay gente que no alcanza a entender por qué levanta tantas pasiones. Es fácil, conservamos en el ADN ese gen romano de los circos. Ellos lo decían, si querías tener contento al pueblo, pan y circo, no había más. La idolatría nos ayuda a tener un objetivo en la vida, es cierto que a veces esto puede derivar en obsesión, pero toda creencia o admiración es necesaria. Esta forma de ser es parte de nuestra cultura, de nuestra idiosincrasia como humanos que poblamos la tierra. Porque todos estamos hechos de un patrón definido por la cultura y todo lo que nos precede.

El chicle de Nina Simone, de Warren Ellis, publicado por la editorial Alpha Decay con prólogo de Nick Cave, es un canto hacia el ídolo. Warren Ellis, músico multiinstrumentalista, productor, compositor, lugarteniente del músico australiano Nick Cave y ahora escritor, nos muestra en esta autobiografía fragmentaria cómo un objeto de un artista puede acabar siendo un tótem. Ellis nos habla de la idolatría y de la evolución de su persona y su arte según las influencias tanto personales como artísticas que ha tenido. Para la gente que no conozca a Warren Ellis, él mismo parece un tótem. Con su pelo y barba largas, tiene pinta de músico zingaro, un genio loco que genera músicas envolventes que Nick Cave las remata con su grave y profunda voz. Pero no estamos ante una autobiografía al uso.

Esta obra nos habla de algo más profundo, de cómo nos puede obsesionar algo hasta llegar a la idolatría. Ellis recogió un chicle de Nina Simone en 1999 que ha acabado en un museo. ¿Es digno de un museo este objeto? ¿Nuestra sociedad ha perdido el norte? ¿Quién dice qué es y qué no es arte? La gente se acerca a los estadios de fútbol a ver sus museos, ¿por qué no se puede adorar el objeto que surgió de una cantante? El libro es, además, una reflexión sobre su vida y cómo ha ido evolucionando su música y su vida alrededor de objetos como maletas, violines, instrumentos musicales y cómo una cosa le ha llevado a la otra y a ser uno de los músicos más respetados del panorama actual.



Warren Ellis.

El chicle de Nina Simone no es un libro que se quede en la anécdota. Si lo leemos con atención, nos da una lección de vida. Ellis nos ayuda a comprender de dónde surge todo su arte, cómo funciona su cabeza y cómo podemos descifrar esas melodías que nos fascinan al escucharlas. La cabeza de un músico esconde la complejidad de la abstracción. Nadie nunca sabrá cómo le vino a Mozart el *Réquiem*, a Bach las *Suites* o a los Beatles *Let It Be*. Nadie puede intuir en qué rincón se esconde una obra musical y de dónde surge. Son como milagros, como cuando de un tronco ardiendo surgen llamas que crean formas o cuando el sol tñe de rojo el cielo. Ese es el prodigio del creador. Muchas veces se piensa que el artista es un mero transmisor, como un médium que traslada lo que escucha, lo que ve o las palabras que surgen en su mente. Podríamos decir que el arte surge del otro lado, no sabemos dónde está, pero es algo que no es físico, es más bien etéreo. Los mundos sutiles..., que diría Machado. Ese es el misterio y eso trata explicar este libro. De dónde viene lo que nos apasiona, lo que nos hace vibrar.



WARREN ELLIS
El chicle de Nina Simone
Editorial Alpha Decay
232 páginas / 22 euros



Nick Drake (1948-74).

Metal pesado

Miguel Ángel Oeste recupera al mítico músico Nick Drake en *Perro negro*, una ficción que fluctúa entre lo verídico y las escenas imaginarias

POR RICARDO BAIXERAS

■ Tras el desgarrador que supuso *Vengo de ese miedo*, Miguel Ángel Oeste (Málaga, 1973) entrega ahora una novela centrada en la legendaria figura de Nick Drake, músico británico que apenas tuvo repercusión durante su carrera y que una vez desaparecido se ha convertido en una influencia universal, un músico voraz que tenía «un ansia caníbal por la belleza». Cuando en el otoño de 1974 se quitó la vida para paliar los demonios de la depresión, Drake lo hizo de la mano de una dosis letal de Tryptizol. Lo que resta de esta figura es literatura y eso es precisamente lo que ha hecho Oeste con *Perro negro*, sintagma que tal y como anota el autor «se asocia a los fantasmas o los espectros, también es un augurio de muerte y una diáspora de los problemas de salud mental». El libro, que iba a titularse *Far Leys*, es un homenaje en toda regla, cuya «historia, en la que sobran las especulaciones, empieza con una visita y termina con una muerte. La historia de un músico ignorado en vida que empezó a ser escuchado según pasaban los años. Y la historia de un actor que fue admirado mientras vivió y olvidado con celeridad cuando desapareció. La historia de alguien que nació con el estigma de los vampiros: esa maldición de no reflejarse en los espejos y de no ser comprendido por sus contemporáneos».

La novela acierta hasta decir basta en el andamiaje estructural orgánicamente diseñado para que emerjan las figuras imponentes de Janet Stone, que treinta años después de la desaparición

de su amigo va ordenando sus recuerdos mientras un actor llamado Richard West le pide ayuda para hacer una película sobre un músico que vampiriza todo el libro y que emerge también él como el «metal pesado» de un pasado que se va configurando como «dos colmillos que se hincan en la memoria para chuparnos la sangre y dejarnos desmadejados, translúcidos».

En el hueco que dejó abierta la biografía de Drake ha levantado Oeste otro libro sobre la destrucción. Si en *Vengo de ese miedo* el centro del huracán era el dolor inimaginable e inenarrable de una infancia atravesada por la figura punzante y demoledora de un padre funesto, aquí la figura de Drake es también la imagen impercedera de un dolor dionisiaco solo que convertido en belleza melancólica porque «destruirse es bonito. La única posibilidad de belleza que existe. La única posibilidad de superar el miedo al abandono, a estar juntos, a la pérdida». Y porque, en última instancia, el «dolor nos revela lo que somos. Nos cuenta».

Perro negro se sitúa en el reino milenar de lo fantástico a sabiendas de que «aunque trata de una persona que existió, es una ficción» que fluctúa sabiamente entre acontecimientos verídicos y escenas imaginarias, entre el amor y el desamor, entre la melancolía y la tristeza. Sabrá ver sin duda el lector el modo en que el autor ha querido dar cuenta

de una historia convertida en una penitencia, una alegría de vivir que fue la expresión exacta de una tristeza romántica lanzada hacia un futuro alrededor de la figura de Drake, porque hay tanto una memoria personal por recuperar como un presente que viene de un pasado imposible de olvidar.

En este libro, como en *Vengo de ese miedo*, la fuerza del estilo está marcada a fuego por la contención, tan de agradecer en el relato de una época descontentada que el libro también ha sabido dibujar con poca maestría.



MIGUEL ÁNGEL OESTE
Perro negro
Tusquets
296 páginas / 19,50 euros